

la ética y la piedad, y no solamente atiende solícito a sus criados y gañanes, sino que les acompaña en su trabajo y en sus alegrías. Su caridad y su generosidad, su respeto al honor de la mujer, su conciencia del deber son premiados con una esposa ideal y con una descendencia gloriosa. Tenemos, finalmente, a Rut, la que da el nombre al libro, la bella espigadora, la extranjera que por su bondad merece ser incorporada al pueblo escogido y participar en las bendiciones de Jahveh, la mujer que se consagra con ternura ejemplar al cuidado de la madre de su primer esposo. Tres retratos, tres personajes, palpitantes de vida, el noble labrador, la dulce nirabita y la suegra, a la vez sabia y bondadosa; la suegra, esa figura ridícula o mejor ridiculizada y clavada en la picota del desprecio, víctima indefensa de viles insultos y de sacrílegas mofas, que se ensañan contra un miembro noble y fundamental de la familia cristiana. En todas las literaturas se la ha cubierto de lodo, y sin salir de la nuestra, podríamos acumular los ejemplos desde el inmortal Quedo hasta el comentarista insustancial de nuestras revistas modernas, hasta el improvisador de coplillas callejeras y chistes de variedades. Y aquí tenemos esta pequeña obra maestra de la literatura hebrea, que tiene como protagonista una suegra adorable.

«Sucedió que, por los días en que gobernaban los jueces, hubo hambre en el país de Judá, y partió de Belén un hombre a morar como huésped en la campiña de Boob, él, su mujer y sus dos hijos.» Así empieza el libro. En Moab los dos hijos se casan con dos muchachas de la tierra, pero las dejan viudas al poco tiempo. Muérese también el padre, y se quedan solas las tres mujeres, la viuda del betlemita, llamada Noemi, y sus dos nuevas. Orpá y Rut. Noemi entonces resuelve volverse a su tierra, y después de be-

sar a las esposas de sus hijos muertos, se despidió de ellas. Pero ellas rompieron a llorar y alzaron la voz, diciendo: «Preferimos ir contigo a tu pueblo.» Mas ella replicó: «Volveos, hijas mías, ¿por qué queréis venir conmigo? ¿Tengo yo aún hijos en mis entrañas que puedan llegar a ser vuestros maridos?... ¿Acaso les habíais de esperar hasta que fuesen mayores? No, hijas mías; soy demasiado desventurada para vosotras, porque la mano de Jahveh se ha desatado contra mí.»

Estas razones convencieron a Orpá, pero nada pudieron en el ánimo de Rut, que contestó inmovible: «Adonde tú vayas, iré, y donde tú mores, moraré; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios mi Dios.» Y un buen día las dos mujeres aparecieron en Belén. Corrióse la noticia por el pueblo, y las vecinas comentaban: «¿Es ésta Noemi?» Y ella les decía: «No me llaméis Noemi (mi suavidad); llamadme Mora (amarga), porque Dios me ha llenado de amargura.»

Pero en Belén había que vivir. De su difundo marido tenía Noemi un pegujal; poca cosa para las necesidades de cada día. Entonces Rut dijo a Noemi: «Déjame ir al campo, y espigaré.» «Vete, hija mía», respondió ella. Y se puso a espigar en el campo, detrás de los segadores, y quiso su buena suerte que cayese en el campo de Booz, pariente de Noemi. Y cuando, avanzado el día, llegó Booz, saludó de esta manera a los segadores: «¡Jahveh sea con vosotros!» Y ellos le contestaron: «¡Jahveh te bendiga!» Luego, dirigiéndose al capataz de su gente, preguntó: «¿De quién es esa muchacha?» Y el mayoral contestó diciendo: «Es una joven moabita que ha regresado con Noemi de la campiña de Moab. Pidióme permiso para espigar detrás de los segadores, y ahí, entre las gavillas, se ha pasado toda la mañana sin permitir un ligero descanso.»